

D. GAR.—¿Y es?
 TRISTAN —Que á la mujer rogando,
 Y con el dinero dando.
 D. GAR.—¡Consista en eso mi suerte!
 TRISTAN—Pues yo, miéntras hablas, quiero
 Que me haga relacion
 El cochero, de quien son.
 D. GAR.—¿Dirálo?
 TRISTAN —Sí, que es cochero.

ESCENA IV.

D.^a JACINTA, D.^a LUCRECIA, É ISABEL CON MANTOS.
 CAE JACINTA, LLEGA D. GARCÍA Y LE DA LA MANO.

D.^a JAC.—¡Válgame Dios!
 D. GAR. —Esta mano
 Os servid de que os levante,
 Si merezco ser atlante
 De un cielo tan soberano.
 D.^a JAC.—Atlante debeis de ser,
 Pues le llegais á tocar.
 D. GAR.—Una cosa es alcanzar
 Y otra cosa merecer.
 ¿Qué vitoria es la beldad
 Alcanzar, por quien me abraso,
 Si es favor que debo al caso
 Y no á vuestra voluntad?

Con mi propia mano así
 El cielo, ¿mas qué importó,
 Si ha sido porque el cayó
 Y no porque yo subí?
 D.^a JAC.—¿Para qué fin se procura
 merecer?
 D. GAR. —Para alcanzar.
 D.^a JAC.—Llegar al fin, sin pasar
 Por los medios, ¿no es ventura?
 D. GAR.—Sí.
 D.^a JAC. —¿Pues cómo estais quejoso
 Del bien que os ha sucedido,
 Si el no haberlo merecido
 Os hace más venturoso?
 D. GAR.—Porque como las acciones
 Del agravio y el favor
 Reciben todo el valor
 Solo de las intenciones;
 Por la mano que os toqué
 No estoy yo favorecido,
 Si haberlo vos consentido
 Con esa intencion no fué.
 Y así sentir me dejad,
 Que cuando tal dicha gano,
 Venga sin alma la mano
 Y el favor sin voluntad.
 D.^a JAC.—Si la vuestra no sabia,
 De que agora me informais,

Injustamente culpais
Los defectos de la mia.

ESCENA V.

LOS DICHOS Y TRISTAN.

- TRISTAN—(El cochero hizo su oficio;
Nuevas tengo de quien son.)
- D. GAR.—Qué, ¿hasta aquí de mi aficion
Nunca tuvistes indicio?
- D.^a JAC.—¿Cómo, si jamás os ví?
- D. GAR.—¿Tampoco ha valido, ¡ay Dios!
Más de un año que por vos
He andado fuera de mí?
- TRISTAN—(¡Un año, y ayer llegó
A la corte!)
- D.^a JAC. —Bueno á fe;
¿Más de un año? Juraré
Que no os ví en mi vida yo.
- D. GAR.—Cuando del indiano suelo
Por mi dicha llegué aquí,
La primer cosa que ví
Fué la gloria de ese cielo;
Y aunque os entregué al momento
El alma, habéislo ignorado;
Porque ocasion me ha faltado
De deciros lo que siento.
- D.^a JAC.—¿Sois indiano?

- D. GAR. —Y tales son
Mis riquezas, pues os ví,
Que al minado Potosí
Le quita la presuncion.
- TRISTAN—(¡Indiano!)
- D.^a JAC. —¿Y sois tan guardoso
Como la fama los hace?
- D. GAR.—Al que más avaro nace
Hace el amor dadivoso.
- D.^a JAC.—¿Luego, si decís verdad,
Preciosas ferias espero?
- D. GAR.—Si es que ha de dar el dinero
Crédito á la voluntad,
Serán pequeños empleos,
Para mostrar lo que adoro,
Daros tantos mundos de oro
Como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
De esa divina beldad,
Ni á mi inmensa voluntad
Ha de igualar el poder;
Por lo ménos os servid
Que esta tienda que os franqueo
Dé señal de mi deseo.
- D.^a JAC. (*Aparte á doña Lucrecia.*)
—No ví tal hombre en Madrid,
Lucrecia; ¿qué te parece
Del indiano liberal?

- D.^a LUC.—Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.
- D. GAR.—Las joyas que gusto os dan
Tomad de este aparador.
- TRISTAN (*Aparte á don García.*)
—Mucho te arrojas, señor.
- D. GAR.—Estoy perdido, Tristan.
- ISABEL. (*A doña Jacinta aparte.*)
—Don Juan viene.
- D.^a JAC. —Yo agradezco,
Señor, lo que me ofreceis.
- D. GAR.—Mirad que me agraviaréis
Si no lograis lo que ofrezco.
- D.^a JAC.—Yerran vuestros pensamientos,
Caballero, en presumir
Que puedo yo recibir
Más que los ofrecimientos.
- D. GAR.—¿Pues qué ha alcanzado de vos
El corazón que os he dado?
- D.^a JAC.—El haberos escuchado.
- D. GAR.—Yo lo estimo.
- D.^a JAC. —Adios.
- D. GAR. —Adios;
Y para amaros, me dad
Licencia.
- D.^a JAC. —Para querer
No pienso que ha menester
Licencia la voluntad.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

- D. GAR.—Siguelas.
- TRISTAN —Si te fatigas,
Señor, por saber la casa
De la que en amor te abrasa,
Ya la sé.
- D. GAR. —Pues no las sigas;
Que suele ser enfadosa
La diligencia importuna.
- TRISTAN—«Doña Lucrecia de Luna
«Se llama la más hermosa,
«Que es mi dueño, y la otra dama
«Que acompañándola viene,
«Sé donde la casa tiene;
«Mas no sé cómo se llama:»
Esto respondió el cochero.
- D. GAR.—Si es Lucrecia la mas bella,
No hay más que saber; pues ella
Es la que habló, y la que quiero;
Que como el autor del dia
Las estrellas deja atrás,
De esa suerte á las demás
La que me cegó, vencia.
- TRISTAN—Pues á mí la que calló
Me pareció más hermosa.

D. GAR.—¡Qué buen gusto!
TRISTAN —Es cierta cosa,

Que no tengo voto yo.
Mas soy tan aficionado
A cualquier mujer que calla,
Que bastó, para juzgalla
Más hermosa, haber callado.

Mas dado, señor, que estés
Errado tú, presto espero,
Preguntándole al cochero
La casa, saber quién es.

D. GAR.—¿Y Lucrecia dónde tiene
La suya?

TRISTAN —Que á la Vitoria,
Dijo, si tengo memoria.

D. GAR.—Siempre ese nombre conviene
A la esfera venturosa,
Que dá eclíptica á tal luna.

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUAN Y D. FÉLIX, QUE SALEN POR LADO
DIVERSO AL POR DONDE SE FUERON LAS DAMAS.

D. JUAN.—¿Música y cena? ¡Ah fortuna!

D. GAR.—¿No es este don Juan de Sosa?

TRISTAN—El mismo.

D. JUAN —¿Quién puede ser

El amante venturoso,
Que me tiene tan celoso?

D. FÉL.—Que lo vendréis á saber
A pocos lances confío.

D. JUAN.—¿Que otro amante le haya dado,
A quien mia se ha nombrado,
Música y cena en el rio!

D. GAR.—¿Don Juan de Sosa?

D. JUAN —¿Quién es?

D. GAR.—¿Ya olvidais á don García?

D. JUAN—Veros en Madrid lo hacia,
Y el nuevo traje.

D. GAR. —Despues
Que en Salamanca me vistes
Muy otro debo de estar.

D. JUAN—Más galan sois de seglar
Que de estudiante lo fuistes.
¿Venís á Madrid de asiento?

D. GAR.—Sí.

D. JUAN —Bien venido séais.

D. GAR.—Vos, don Félix, ¿cómo estais?

D. FÉL.—De veros, por Dios, contento:
Vengais bueno enhorabuena.

D. GAR.—Para serviros. ¿Qué haceis?
¿De qué hablais? ¿En qué entendeis?

D. JUAN—De cierta música y cena
Que en el rio dió un galan
Esta noche á una señora,

Era la plática agora.

D. GAR.—¡Música y cena, don Juan!

¿Y anoche?

D. JUAN —Sí.

D. GAR. —¿Mucha cosa?

¿Grande fiesta?

D. JUAN —Así es la fama.

D. GAR.—¿Y muy hermosa la dama?

D. JUAN—Dícenme que es muy hermosa.

D. GAR.—Bien.

D. JUAN —¿Qué misterios haceis?

D. GAR.—De que alabeis por tan buena

Esa dama y esa cena;

Si no es que alabando esteis

Mi fiesta y mi dama así.

D. JUAN—¿Pues tuvistes tambien boda

Anoche en el rio?

D. GAR. —Toda

En eso la consumí.

TRISTAN (¿Qué fiesta ó qué dama es esta,

Si á la corte llegó ayer?)

D. JUAN—¿Ya teneis á quien hacer

Tan recién venido fiesta?

Presto el amor dió con vos.

D. GAR.—No há tan poco que he llegado,

Que un mes no haya descansado.

TRISTAN (Ayer llegó, voto á Dios;

Él lleva alguna intencion.)

D. JUAN—No lo he sabido á fe mía:

Que al punto acudido habria

A cumplir mi obligacion.

D. GAR.—He estado hasta aquí secreto.

D. JUAN—Esa la causa habrá sido

De no haberlo yo sabido.

¿Pero la fiesta, en efeto,

Fué famosa?

D. GAR. —Por ventura

No la vió mejor el rio.

D. JUAN (Ya de celos desvarío.)

—¿Quién duda que la espesura

Del Sotillo el sitio os dió?

D. GAR.—Tales señas me vais dando,

Don Juan, que voy sospechando

Que la sabeis como yo.

D. JUAN—No estoy del todo ignorante,

Aunque todo no lo sé:

Dijéronme no sé qué

Confusamente, bastante

A tenerme deseoso

De escucharos la verdad;

Forzosa curiosidad

En un cortesano ocioso....

(O en un amante con celos.)

D. FÉL. (A don Juan aparte.)

—Advertid, cuán sin pensar

Os han venido á mostrar

Vuestro contrario, los cielos.

D. GAR.—Pues á la fiesta atended:

Contaréla, ya que veo
Que os fatiga ese deseo.

D. JUAN.—Haréisnos mucha merced.

D. GAR.—Entre las opacas sombras
Y opacidades espesas,
Que el soto formaba de olmos
Y la noche de tinieblas,
Se ocultaba una cuadrada,
Limpia y olorosa mesa,
A lo italiano curiosa,
A lo español opulenta.
En mil figuras prensados
Manteles y servilletas,
Solo envidiaban las almas
A las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores puestos
En cuadra correspondencia:
La plata blanca y dorada,
Vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
En todo el Sotillo apenas,
Que de ellas se edificaron
En várias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
Ocultan las cuatro de ellas,
Otra principios y postres,

Y las viändas la sexta.

Llegó en su coche mi dueño,
Dando invidia á las estrellas,
A los aires suavidad,
Y alegría á la ribera.

Apénas el pié que adoro
Hizo esmeraldas la yerba,
Hizo cristal la corriente,
Las arenas hizo perlas;
Cuando en copia disparados
Cohetes, bombas y ruedas,
Toda la region del fuego
Bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
Se acabaron, cuando empiezan
Las de veinticuatro antorchas
A oscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
De chirimías, tras ellas
El de las vihuelas de arco
Sonó en la segunda tienda:
Salieron con suavidad
Las flautas de la tercera,
Y en la cuarta cuatro voces
Con guitarras y arpas suenan.
Entretanto se sirvieron
Treinta y dos platos de cena,
Sin los principios y postres,

Que casi otros tantos eran.
 Las frutas y las bebidas
 En fuentes y tazas, hechas
 Del cristal que da el invierno,
 Y el artificio conserva,
 De tanta nieve se cubren,
 Que Manzanares sospecha,
 Cuando por el soto pasa,
 Que camina por la sierra.
 El olfato no está ocioso
 Cuando el gusto se recrea,
 Que de espíritus suaves,
 De pomos y cazoletas,
 Y destilados sudores
 De aromas, flores y yerbas,
 En el soto de Madrid
 Se vió la region Sabea.
 En un hombre de diamantes,
 Delicadas de oro flechas,
 Que mostrasen á mi dueño
 Su crueldad y mi firmeza,
 Al sauce, al junco y al mimbre
 Quitaron su preminencia;
 Que han de ser oro las pajas,
 Cuando los dientes son perlas.
 En esto juntos en folla
 Los cuatro coros comienzan,
 Desde conformes distancias,

A suspender las esferas:
 Tanto que envidioso Apolo
 Apresuró su carrera;
 Porque el principio del día
 Pusiese fin á la fiesta.

D. JUAN—Por Dios que la habeis pintado
 De colores tan perfetas,
 Que no trocara el oírla
 Por haberme hallado en ella.

TRISTAN—(¡Válgate el diablo por hombre,
 Que tan de repente pueda
 Pintar un convite tal,
 Que á la verdad misma venza!)

D. JUAN (*Aparte á don Félix*)
 —¡Rabio de celos!

D. FÉL. —No os dieron
 Del convite tales señas.

D. JUAN—¿Qué importa, si en la sustancia
 El tiempo y lugar concuerdan?

D. GAR.—¿Qué decís?

D. JUAN —Que fué el festin
 Mas célebre que pudiera
 Hacer Alejandro Magno.

D. GAR.—¡Oh! son niñerías estas,
 Ordenadas de repente.
 Dadme vos que yo tuviera
 Para prevenirme, un día;
 Que á las romanas y griegas

Fiestas que al mundo admiraron
Nueva admiracion pusiera.

(*Mira adentro.*)

D. FÉL.—Jacinta es la del estribo
(*A don Juan aparte*)
En el coche de Lucrecia.

D. JUAN (*A don Felix aparte*)
—Los ojos á D. García
Se le van, por Dios, tras ella.

D. FÉL.—Inquieto está y divertido.

D. JUAN—Ciertas son ya mis sospechas.

D. JUAN Y D. GAR.—Adios.

D. FÉL. —Entrambos á un punto
Fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

TRISTAN—(No vi jamas despedida
Tan conforme, y tan resuelta.)

D. GAR.—Aquel cielo, primer móvil
De mis acciones, me lleva
Arrebatado tras sí.

TRISTAN—Disimula y ten paciencia,
Que el mostrarse muy amante
Antes daña que aprovecha:
Y siempre he visto que son
Venturosas las tibiezas.

Las mujeres y los diablos
Caminan por una senda,
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse dellas,
Y solo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.

D. GAR.—Es verdad; mas no soy dueño
De mí mismo.

TRISTAN —Hasta que sepas
Extensamente su estado,
No te entregues tan de veras;
Que suele dar quien se arroja,
Creyendo las apariencias,
En un pantano cubierto
De verde engañosa yerba.

D. GAR.—Pues hoy te informa de todo.

TRISTAN—Eso queda por mi cuenta;
Y agora, ántes que reviente,
Dime, por Dios, ¿qué fin llevas
En las ficciones que he oido,
Siquiera para que pueda
Ayudarte? que cogernos
En mentira será afrenta:
Perulero te fingiste
Con las damas.

D. GAR. —Cosa es cierta,